



## Ambigüedades del empoderamiento ciudadano en el contexto tecnopolítico

*Ambiguities of citizen empowerment in the techno-political context*

**Alberto Hermida**

(Universidad de Sevilla)

[ahermida@us.es]

**Víctor Hernández-Santaolalla**

(Universidad de Sevilla)

[vhsantaolalla@us.es]

E-ISSN: 2173-1071

IC - Revista Científica de Información y Comunicación

2016, 13, pp. 263 - 280

### Resumen

En un contexto en el que el activismo sociopolítico dispone de numerosas herramientas y canales para su desarrollo, diversos trabajos ponen en cuestión la eficacia de las acciones *online*. Al respecto, en el presente artículo se plantea un debate teórico en torno a dos cuestiones: las ventajas e inconvenientes del denominado activismo de salón, y las controversias respecto al empoderamiento ciudadano en relación a los conceptos de visibilidad, videoactivismo y contravigilancia.

### Abstract

*In a context where socio-political activism is developed through many tools and channels, several studies question the effectiveness of online actions. In this regard, this article proposes a theoretical approach concerning two different issues: the advantages and inconveniences of the so-called slacktivism, and the controversies of the citizen empowerment related to the concepts of visibility, video activism and sousveillance.*

Recibido: 15/06/2016

Aceptado: 08/09/2016

**Palabras clave**

Tecnopolítica, activismo de salón, videoactivismo, contravigilancia, visibilidad, TICs.

**Keywords**

*Techno-politics, slacktivism, video activism, sousveillance, visibility, ICTs.*

**Sumario**

1. Introducción
2. Activismo de salón. ¿finalidad o medio?
3. Límites entre la visibilidad, el videoactivismo y la contravigilancia
4. Contra el sistema... desde el sistema
5. Bibliografía

**Summary**

1. Introduction
2. Slacktivism, purpose or medium?
3. The limits between visibility, video activism and countersurveillance
4. Against the system... from the system
5. References

## 1. Introducción

En un entorno dominado por los movimientos sociales y las acciones colectivas, la implicación y la protesta política ciudadanas encuentran en el uso de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs) nuevas herramientas para el activismo; para el cuestionamiento de determinadas formas de autoridad. En este modelo de sociedad, la tecnología se erige, por tanto, en instrumento de liberación (Diamond, 2010), posibilitando con ello la autoorganización política masiva y el empoderamiento ciudadano en los que se sustenta la tecnopolítica (Toret, 2013). Se consigue así una mayor inmediatez y visibilidad en las iniciativas emprendidas, llegando estas a funcionar como complemento de las acciones presenciales e incluso pudiendo alcanzar carácter viral en su proceso expansivo (Valadés García, 2011).

Ya en 2002, Howard Reinghold planteaba el concepto de “multitudes inteligentes” para hacer alusión a aquellos grupos que, sin conocerse, son capaces de organizarse y actuar de forma conjunta mediados por sistemas informáticos y de telecomunicaciones. En esta línea, queda de manifiesto la disolución entre las fronteras territoriales, idea que enlaza con el concepto de “territorios inmateriales” de Rousselin (2014). Se apuesta así firmemente por unas interconexiones independientes de las distancias geográficas, subrayándose con ello el carácter de globalización en términos de comunicación y difusión de la información, hasta el punto de contrarrestar la visión hegemónica instaurada por el poder y difundida por los medios de comunicación tradicionales (Candón Mena, 2012; Neumayer & Valtysson, 2013).

Desde esta perspectiva, manifestaciones características del ciberactivismo, el *hacktivism*, el videoactivismo o la desobediencia civil electrónica se ven amplificadas en impacto y repercusión gracias a su combinación con los recursos propios de internet y las redes sociales. No obstante, frente a esta visión que subraya la utilidad de la participación ciudadana *online*, autores como Marmura (2008) o Choi y Park (2014) consideran que este activismo en la red no tiene realmente una influencia en las decisiones de los dirigentes políticos ni en el resto de ciudadanos, pues lo máximo que promovería serían lazos de unión débiles entre los individuos que, en última instancia, no conducirían a una acción colectiva presencial.

Metodológicamente, la presente investigación se plantea como una revisión teórica centrada en los ámbitos de la tecnopolítica y el empoderamiento ciudadano en el contexto de los nuevos movimientos sociales, prestando especial atención a cómo ciertas formas de activismo han pasado a integrarse en la vida cotidiana de cualquier ciudadano con mayor o menor trascendencia e impacto, atendiendo a dos cuestiones fundamentales. Por un lado, el texto analiza las posibilidades del denominado “activismo de salón”, es decir, de aquellos ejercicios desarrollados mediante plataformas sociales *online* que, si bien no conllevan un cambio social o político *per se*, sí pueden ser entendidos por el ciudadano como un mecanismo influyente de participación activa. Por otro lado, se abordan las ambigüedades del empoderamiento ciudadano en materia de videoactivismo, vigilancia y contravigilancia, haciendo especial hincapié en las ventajas e inconvenientes de su evolución tecnológica y de su asimilación en la vida cotidiana.

## 2. Activismo de salón, ¿finalidad o medio?

**En su conocido** artículo publicado en *The New Yorker*, Malcolm Gladwell (2010) plantea que de haber revolución, esta no sería tuiteada. Con tal afirmación, el autor defiende que las acciones desarrolladas a través de las redes sociales, al no requerir una verdadera implicación, solo conducen a lo que se conoce como *slacktivism*. Formulado a partir del adjetivo *slacker* (gandul) y del sustantivo *activism* (activismo), y próximo al concepto de *clickactivismo*, este término es traducible como “activismo de salón”. Esta expresión hace referencia a aquellas acciones poco costosas y carentes de riesgo que se desarrollan normalmente a través de internet con el objetivo de apoyar una causa determinada, pero que precisamente por no implicar un esfuerzo real, no tienen ningún impacto político o social (Kristofferson, White & Pelozo, 2014; Lee & Hsieh, 2013; Morozov, 2009; Rotman et al., 2011; Štětka, & Mazák, 2014; Vie, 2014). En este sentido, quedarían fuera de dicha denominación las acciones *hacker*, que sí requieren de un sacrificio, así como aquellas otras que solo persiguen el entretenimiento como finalidad (Christensen, 2011).

Específicamente, dentro de este activismo de salón se englobarían acciones como dar “me gusta”, compartir cierta información entre los seguidores o firmar alguna petición en la red, que si bien no tendrían consecuencias en la esfera pública, harían sentir a los sujetos que sus acciones son útiles para la sociedad, quedando vetadas otras que sí significarían una influencia real (Christensen, 2011, 2012; Jones, 2015; Morozov, 2009). Esta crítica es semejante a la denuncia realizada con respecto a determinadas formas del denominado *marketing* social, que llevarían a los consumidores a sentir “que ya han cumplido con sus obligaciones filantrópicas al comprar productos, en lugar de hacer donativos directos a sus causas preferidas” (Kotler, 2002, p. 14).

Por lo tanto, el problema no reside en llevar a cabo estas actividades en la red, sino en que no haya una continuación de las mismas; es decir, por poner un ejemplo, que el unirse a un grupo de Facebook que promueva una causa social determinada se convierta en un fin en lugar de en un medio. De hecho, autores como Christensen (2011, 2012), Gerbaudo (2012) o Shirky (2012) señalan que la actividad en internet no tiene por qué ser excluyente de la participación activa en la calle, y que incluso puede repercutir favorablemente en la misma. En palabras del primero:

Although there are undoubtedly people who are only active on the Internet, the most persistent interpretation seems to be that people who are active in traditional offline activities are more likely to be active online as well, but they do not substitute their conventional involvement with the digital version [...] and there is nothing to suggest that Internet activists do not know their way around the political universe (Christensen, 2012, p. 17).

De esta forma, frente a la perspectiva generalizada de crítica al *slacktivism*, algunos estudios plantean una defensa del concepto, entendiéndolo como una antesala de la acción presencial. Por ejemplo, Vie (2014) señala cómo los *memes* de internet pueden poner el foco de atención sobre ciertos temas que de otra forma pasarían desapercibidos. Por otra parte, Jones (2015) halla que el hecho de compartir un vídeo relacionado con una determinada causa,

como puede ser el caso *KONY 2012*<sup>1</sup>, conduciría a descubrir y profundizar más con respecto a la misma. Estas acciones servirían de prerrequisito para la participación activa del usuario, al tiempo que la difusión de los contenidos compartidos contribuiría a la expansión geográfica del mensaje (Glenn, 2015). Del mismo modo, Štětka y Mazák (2014) encontraron que existía una correlación positiva entre las participaciones *online* y *offline* durante las elecciones al parlamento checo de 2013, que se tradujeron en una mayor búsqueda de información, un crecimiento del interés político y un aumento de la participación en las urnas.

Todo lo anterior deja de manifiesto cómo en determinadas circunstancias el activismo de salón no solo no impide el activismo “real”, sino que puede incrementar las probabilidades de que este ocurra, sobre todo si la segunda actuación, más exigente, es congruente con la primera. Como señalan Lee y Hsieh (2013), en este caso entraría en juego la teoría de la disonancia cognitiva (Festinger, 1975), según la cual el sujeto sufrirá una experiencia psicológica incómoda como consecuencia de una incoherencia a nivel cognitivo entre sus actitudes y su conducta; inconsistencia que solventará bien añadiendo nuevos elementos consonantes, o modificando/relativizando el valor de los factores que entran en conflicto.

Al respecto, Lee y Hsieh (2013) plantean que las personas que han llevado a cabo acciones propias del *slacktivism* podrían estar más predispuestas a desarrollar acciones cada vez más comprometidas, aunque estas requieran un mayor coste y esfuerzo –lo cual relacionan a su vez con la estrategia del “pie en la puerta”–, pues ello les permitiría mantener la consistencia entre sus creencias, sus actitudes y sus acciones (2013, p. 813). A esta conclusión también llegaron Kristofferson, White y Peloza (2013), quienes localizaron otra variable moderadora entre el activismo virtual y presencial: la demostración pública o privada de la primera acción. Así, por ejemplo, los autores encontraron que aquellas personas

<sup>1</sup> Dirigido por Jason Russell en 2012 y producido por la organización sin ánimo de lucro Invisible Children, *KONY 2012* se ha convertido en uno de los vídeos más virales de internet, alcanzando una rápida difusión en la red. En este sentido, si bien el documental ha sido aplaudido por conseguir que el público tome conciencia de la existencia del criminal de guerra ugandés Joseph Kony, demandando así su detención, también ha sido criticado por emitir un mensaje demasiado simplista, manipulado con respecto a la realidad y condescendiente con el país africano, al tiempo que la organización ha sido acusada de perseguir fines lucrativos (Basu, 2012; Hickman, 2012).

que dan su apoyo simbólico a una causa de forma privada, suelen donar más dinero para la misma que aquellas otras que se comprometen con esta de manera pública. Esto reforzaría la idea de que lo importante es la coherencia interna de los individuos, al tiempo que permitiría interpretar que la manifestación pública del apoyo sería suficiente para que los ciudadanos viesen satisfechas sus necesidades o deseos de acción por un mundo mejor.

En definitiva, según lo anterior, la participación en la red, por sutil que sea en primera instancia, puede llegar a suponer un paso inicial para acciones posteriores que requieran más implicación por parte del individuo. En este sentido, si bien no toda actividad desempeñada en internet queda enmarcada dentro de esta modalidad de activismo, sí es cierto que se trata de una práctica común entre los ciudadanos, cada vez más integrada en su “agenda” *online*. Así pues, retomando el punto de partida del presente artículo, el activismo de salón surgiría como resultado del desarrollo de las TICs en beneficio del empoderamiento ciudadano, facilitando el acceso a distintas vías de actuación política y social. Ya sea a golpe de *click* o mediante ejercicios más elaborados de videoactivismo, las diferentes alternativas de actuación ganan en accesibilidad e inmediatez, algo a lo que contribuye la posibilidad de llevarlas a cabo a partir de un mismo dispositivo móvil.

### 3. Límites entre la visibilidad, el videoactivismo y la contravigilancia

**Desde la** perspectiva de la vigilancia, el individuo ha sido provisto en la última década de herramientas fundamentales para el proceso de alteración de los vectores tradicionales de poder (Krona, 2015, p. 217; McGrath, 2004, p. 198), transformando su rol de objeto vigilado en sujeto vigilante. De este modo, el término *sousveillance* (Mann, Nolan & Wellman, 2003) se impone en la conceptualización de dicho giro con respecto a las dinámicas de vigilancia, entendiéndola como reflejo de una realidad en la que el ciudadano –la mayoría– se erige en observador del poder –la minoría–, invirtiéndose así la dirección de la mirada.

En este modelo de “gran hermano invertido”, el vídeo se establece “como forma de empoderamiento” (Askanius, 2015, p. 59); como arma elemental

en la concreción de dicho *sousveillance*. De la multiplicación de cámaras en la cima de los edificios se ha pasado a su proliferación en los bolsillos de los ciudadanos; representación gráfica directa del mencionado cambio de dirección en la mecánica de la observación. Frente al *panopticon*, diseño de estructura carcelaria ideado por Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII, que permitía al vigilante observar cualquier punto de la prisión sin ser visto, se asienta la nueva arquitectura del denominado *catopticon* (Ganascia, 2010). El punto de vista único y omnipresente es reemplazado por la perspectiva múltiple de todos y cada uno de los individuos en colaboración, como suma de fuerzas que articula una mayor cobertura, a modo de “*panopticon participativo*” (Cascio, 2005; Newell, 2014).

En esta línea, dispositivos como los teléfonos móviles, las *tablets* o las cámaras de fotografía-vídeo portátiles suponen las herramientas necesarias para el videoactivismo, manifestación que se nutre, además, de las posibilidades de la expansión global y la viralidad que permite la distribución *online*, conjuntamente con el auge de la filosofía de lo compartido en las redes sociales. De hecho, surgen a partir de esto ciertas cuestiones propicias para el debate y que deben ser recogidas en estas páginas. Por un lado, dicha transformación tecnológica y comunicativa favorece de manera notable el desarrollo de un modelo de periodismo ciudadano -*citizen journalism*- (Penney & Dadas, 2013) y alternativo -*alternative journalism*- (Poell & Borra, 2011, pp. 697-699; Poell & van Dijk, 2015, p. 528), como propuestas de registro y documentación de la realidad diferenciadas de la de los medios de comunicación convencionales.

De un modo aún más específico y vinculado a la liberación tecnológica, el denominado *smartphone journalism* (Newell, 2014) redundante en esta capacidad de cualquier individuo de la sociedad como emisor y distribuidor de información a través del teléfono móvil. Con ello, se enfrenta a los *mainstream media* y sus intereses una vía diferente para informar, generalmente anónima, sin posibles presiones políticas o económicas ni filtros impuestos, aunque con la evidente subjetividad que estas manifestaciones conllevan. Dentro de este contexto, de manera más concreta, “el vídeo ofrece la posibilidad de producir material informativo independiente, informado y contrahegemónico”, originando noticias alternativas de libre circulación (Askanius, 2015, p. 57).

Por otro lado, continuando con el debate abierto y en relación íntima con lo anterior, las filmaciones ciudadanas, esos registros de acontecimientos

experimentados en primera persona a pie de calle, se erigen por tanto como material de primera mano; grabaciones de testigos presenciales -*witness videos*- (Askanius, 2013, p. 6) de gran valor para el activismo político. Especialmente en el marco de las reivindicaciones sociales, estos vídeos proliferan en manifestaciones y protestas, ya no solo como vehículo para luchar contra la manipulación y el sensacionalismo mediáticos, sino como mecanismos para denunciar la violencia y el abuso policial. Sirva, por ejemplo, para ilustrar estas prácticas, la retransmisión ciudadana de la violencia policial señalada por Manuel Castells (2015) en relación al caso de Occupy Wall Street:

Un elemento decisivo para proteger el movimiento de la violencia es la práctica masiva de los videoreportajes de personas que blandían sus teléfonos móviles en cada manifestación. Los medios generalistas sólo informaban de lo que querían sus directores, pero el movimiento informaba de todo, colgando en Internet todas las acciones que se desarrollaron en cada confrontación. En algunos casos, la visión de la brutalidad policial dio nuevas energías a los manifestantes y despertó la simpatía popular contrarrestando los prejuicios contra el movimiento, que era retratado en algunos medios como violento (p. 194).

En este sentido, la contravigilancia y el videoactivismo enlazan con términos como *secondary visibility* (Goldsmith, 2010) y *second-hand circulation* (Penney & Dadas, 2013). La policía queda retratada en sus excesos, expuesta ante las grabaciones y la distribución de las mismas en plataformas de vídeo, y enlazadas con posterioridad en las redes sociales, amplificándose así el impacto de las imágenes. No en vano, el miedo a perder el control por parte de las fuerzas del Estado es el que hace posible, entre otras razones, el surgimiento de leyes que coartan la libre filmación y circulación de este tipo de contenidos que pueden llegar a generar tanta tinta y revuelo.

Asimismo, todo lo anterior se ha visto sensiblemente incrementado con la reciente incorporación de aplicaciones de *streaming* en directo, como Periscope, no por casualidad vinculadas estrechamente a los movimientos

sociales<sup>2</sup> –aunque en la actualidad su uso se haya extendido a los eventos deportivos y a los organizados por partidos políticos–, y que se vuelven especialmente útiles para la retransmisión en vivo de los acontecimientos filmados. En un paso más allá de este proceso de empoderamiento ciudadano, la inmediatez en la distribución de los contenidos abre nuevas posibilidades en el desempeño de este particular periodismo alternativo, así como nuevos enfoques en el cuestionamiento de la privacidad, la vigilancia, el derecho a la grabación o el compromiso cívico, entre otros aspectos de relevancia social (Dougherty, 2011; Thorburn, 2014; Stewart y Littau, 2016). Es por ello por lo que, llegados a este punto, parece necesario invertir en cierto sentido los planteamientos esbozados para reinterpretarlos desde la perspectiva contraria. Cabría, por tanto, reflexionar sobre la otra cara del citado empoderamiento, haciendo una lectura que subraye alguna de sus implicaciones menos ventajosas.

Deshaciendo los pasos dados, no pueden obviarse ciertas cuestiones fundamentales, como la hipervigilancia y las consecuencias derivadas de su normalización e integración en la vida cotidiana. ¿En qué medida esta libertad de poder vigilar desde abajo no acaba convirtiendo al individuo en observador de sí mismo, habituando al ciudadano al control del otro? En esta dirección, ya Mark Andrejevic dejaba de manifiesto los riesgos de la *lateral surveillance*, haciendo alusión con ella a las dinámicas de vigilancia entre parejas, amigos o parientes (2005, p. 481). Estos mecanismos, además de trasladar prácticas como el emplazamiento de cámaras al entorno doméstico e íntimo con fines alejados de la seguridad, se extrapolan igualmente a los dominios de las redes sociales y los perfiles de usuario. Ello conecta con lo que Alice E. Marwick (2012) denomina *social surveillance*, que se inscribe en el día a día hasta niveles preocupantes de vulneración de la vida “privada”.

A su vez, retomando el hilo sobre las nuevas formas de visibilidad (Goldsmith, 2010; Thompson, 2005), del mismo modo que los agentes de los cuerpos de seguridad del Estado quedan expuestos a grabaciones que recogen el ejercicio de la violencia y la brutalidad en sus intervenciones, Newell (2016) se hace eco del enfoque opuesto. En este caso, recurriendo a la terminología acuñada por

<sup>2</sup> En concreto, los orígenes de la aplicación se remontan a las protestas que tuvieron lugar en la plaza Taksim de Estambul en 2013, donde se encontraba Kayvon Beykpour, uno de sus fundadores, que si bien podía consultar Twitter para leer sobre los acontecimientos, no disponía de ninguna herramienta para ver lo que estaba sucediendo en directo.

el autor, la *collateral visibility* tiene lugar a partir de las filmaciones llevadas a cabo por los dispositivos de grabación incorporados a la indumentaria policial y que, en último término, reduce la intimidad del ciudadano en el espacio público.

Desde una perspectiva amplia, la combinación entre los recursos de vigilancia propios del poder y el desarrollo masivo del modelo de *sousveillance* bien puede acabar dotando a este de una red inagotable de cámaras que, si ciertamente lo deja más expuesto, también puede permitirle acceso a un número muy superior de registros de la realidad. El ciudadano se sumerge en las dinámicas de la vigilancia y el control, y sus acciones, deliberadas o no, acaban por contribuir en el tejido de un sistema de vigilancia casi de 360 grados.

Un ejemplo representativo de esto es recogido por Wilson y Serisier (2010) en su artículo sobre el videoactivismo y las ambigüedades de la contravigilancia, que elaboran a partir de la información recabada en una serie de entrevistas realizadas a videoactivistas. Concretamente, entre algunos de los efectos contraproducentes para aquellos que ejercen el videoactivismo como práctica de *sousveillance* se encuentra la exposición a la cámara a la que se ven sometidos otros activistas (2010, p. 172). De este modo, debido a la multiplicidad de dispositivos y puntos de vista se vuelve inevitable difundir grabaciones que “desenmascaran” a otros individuos o compañeros que hayan podido de algún modo infringir la ley, facilitando así los procesos de identificación por parte de la policía y suministrando pruebas útiles para un juicio.

En esta línea, otros testimonios recopilados por Wilson y Serisier subrayan el problema de la progresiva insensibilización del espectador, debido a la superabundancia de material que circula por las redes y que llega a amortiguar el impacto de las imágenes (2010, p. 176). Además, por mencionar un último ejemplo entre los efectos contraproducentes señalados en el artículo, cabe destacar la controversia que suscita la descontextualización que puedan llegar a sufrir los vídeos originales a manos de los medios de comunicación convencionales, perdiéndose o desvirtuándose en ocasiones el sentido original de las imágenes y de los acontecimientos registrados. Como recogen los autores:

The demands of newsworthiness can decontextualize footage or lead to it being freighted with meanings that distort the original intentions of those filming. Videographer Andrew Lowenthal suggested footage of police violence could accumulate diverse

meanings, dependent upon media framing and audience positions (2010, p. 174).

En cualquier caso, en esta revisión de las consecuencias de la hipervigilancia en la sociedad contemporánea, en parte extraída de esa otra cara del empoderamiento ciudadano, debe añadirse un último punto de reflexión. Al fin y al cabo, lo anterior se materializa en gran medida debido a la expansión generalizada del uso del teléfono móvil como herramienta multitarea. No en vano, son su cámara y su conexión a internet las que posibilitan estas nuevas alternativas de (vídeo)activismo y contravigilancia. Sin embargo, además de lo mencionado, no debe olvidarse que estos dispositivos acaban almacenando y difundiendo -según el uso que se haga de ellos- una información personal que nos retrata. A través de fotografías y vídeos, de perfiles, de GPS y usos de geolocalización, de permisos concedidos a las aplicaciones instaladas y un largo etcétera, el ciudadano acaba participando en un sistema que cartografía la sociedad, desvelando su posición y sus movimientos, y donde las impresiones de libertad y el innegable empoderamiento también se traducen en una sofisticada forma de control.

#### 4. Contra el sistema... desde el sistema

**A modo** de cierre, todavía podría hacerse una última lectura con respecto a la cara menos amable del empoderamiento ciudadano, o mejor dicho, en relación a la deuda que debe pagarse por él. No puede perderse de vista que para poder llevar a la práctica gran parte de las formas de activismo mencionadas y conseguir cierto impacto y repercusión con ellas, el individuo debe acceder a una serie de herramientas que, a fin de cuentas, pertenecen a grandes corporaciones internacionales sometidas a las exigencias y dinámicas del mercado, con lo que ello puede conllevar. Este sería, por ejemplo, el caso de Twitter, cuyo volumen de facturación alcanzó los 595 millones de dólares en el primer cuatrimestre de 2016 (King, 2016). Precisamente a este red de *microblogging* se refieren Penney y Dadas (2013, p. 14), manifestando que esta puede ser instada a facilitar los tweets difundidos por un usuario si su contenido está implicado en cuestiones legales. La vulnerabilidad queda patente, por tanto,

ante el control y la vigilancia, viéndose la libertad de movimiento drásticamente reducida y a merced del miedo a repercusiones legales.

Así pues, las plataformas *online* que se establecen como altavoz y amplifican el mensaje ciudadano, ya sea Twitter, Facebook, YouTube o Periscope, entre tantas otras, están a merced del propio sistema que pretende cuestionarse, perpetuando unos modelos de actuación que, en último término, obedecen ante el poder. La libertad y el anonimato se entregan en el mismo instante en que cualquier usuario se descarga una aplicación que, para ser instalada, pide por ejemplo permiso de acceso obligatorio a documentos y archivos privados, que pueden ser utilizados incluso como moneda de cambio por parte de los proveedores de dichas herramientas. El ciudadano cede su intimidad a cambio de ciertas prestaciones, a veces de una forma tan automatizada que ni tan siquiera se detiene a leer las condiciones de uso de las mismas. Sirva como ejemplo el caso de Periscope -casualmente adquirida en marzo de 2015 por Twitter (Koh y Rusli, 2015)-, que para ser instalada en un dispositivo móvil solicita acceso no solo a la cámara y al micrófono, sino también a la identidad, la ubicación y al contenido multimedia. Esta información es semejante a la solicitada por Facebook o Twitter, que además demandan acceso a leer el estado del terminal, entre otras cuestiones y, la red de *microblogging*, en concreto, a usar cuentas del dispositivo, como también requiere YouTube. Todo ello, sin olvidar que estos requisitos pueden verse incrementados y endurecidos con el paso del tiempo, teniendo que conceder nuevos permisos el usuario si desea utilizar la versión actualizada de la aplicación.

En definitiva, el ciudadano ha ganado en mecanismos para enfrentarse al sistema, condenar sus injusticias sociales o denunciar el abuso policial. Sin duda, el activismo incrementa sus formatos y los recursos para materializarlo, pero muy presente debe tenerse siempre la huella digital y todo aquello que se cede por intentar que el mensaje llegue lo más lejos posible.

#### 5. Bibliografía

- Andrejevic, M. (2005). The work of watching one another: Lateral surveillance, risk, and governance. *Surveillance & Society*, 2, 479-497.



- Askanius, T. (2013). Online video activism and political mash-up genres. *JOMEC Journal*, 4. Obtenido el 8 de junio de 2016, de [http://www.cardiff.ac.uk/jomec/jomecjournal/4-november2013/Askanius\\_Mashups.pdf](http://www.cardiff.ac.uk/jomec/jomecjournal/4-november2013/Askanius_Mashups.pdf)
- (2015). Genealogía del vídeo para el cambio. Videoactivismo y vídeo radical online. En F. Sierra y D. Montero (Eds.), *Videoactivismo y movimientos sociales. Teoría y praxis de las multitudes conectadas* (pp. 53-77). Barcelona: Gedisa.
- Basu, M. (2012). As criticism surfaces, 'KONY 2012' gains momentum faster than Susan Boyle. *CNN*, 13 de marzo. Obtenido el 20 de septiembre de 2016, de <http://edition.cnn.com/2012/03/09/world/africa/uganda-viral-video/>
- Candón Mena, J. I. (2012). Ciudadanía en la Red: poder y contrapoder en los medios de comunicación. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 18, 679-687.
- Cascio, J. (2005). The rise of the participatory panopticon. *World Changing*. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://www.worldchanging.com/archives/002651.html>
- Choi, S. & Park, H. W. (2014). An exploratory approach to a Twitter-based community centered on a political goal in South Korea: Who organized it, what they shared, and how they acted. *New Media and Society*, 16, 129-148.
- Christensen, H. S. (2011). Political activities on the Internet: Slactivism or political participation by other means? *First Monday*, febrero. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://journals.uic.edu/ojs/index.php/fm/article/view/3336/2767>
- (2012). Simply slacktivism? Internet participation in Finland. *Journal of Democracy*, 4(1), 1-23.
- Diamond, L. (2010). Liberation Technology. *Journal of Democracy*, 21, 69-83.
- Dougherty, A. (2011). *Live-Streaming Mobile Video: Production as civic engagement*. MobileHCI '11 Proceedings of the 13th International Conference on Human Computer Interaction with Mobile Devices and Services (pp. 425-434). New York: ACM.

- Festinger, L. (1975). *Teoría de la disonancia cognoscitiva*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Ganascia, J. G. (2010). The generalized sousveillance society. *Social Science Information*, 49, 489-507.
- Gerbaudo, P. (2012). *Tweets and the streets. Social Media and Contemporary Activism*. London: Pluto Press.
- Gladwell, M. (2010, 4 de octubre). Small change. Why the revolution will not be tweeted. *The New Yorker*. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://www.newyorker.com/magazine/2010/10/04/small-change-malcolm-gladwell>
- Glenn, C. L. (2015). Activism or "slacktivism"? Digital media and organizing for social change. *Communication Teacher*, 29, 81-85.
- Goldsmith, A. J. (2010). Policing's new visibility. *British Journal of Criminology*, 50, 914-934.
- Hickman, D. (2012). Jason and the Internauts. *Journal of Human Rights Practice*, 4, 475-480.
- Jones, C. (2015). Slacktivism and the social benefits of social video: Sharing a video to "help" a cause. *First Monday*, abril. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://firstmonday.org/ojs/index.php/fm/article/view/5855/4458>
- King, H. (2016, 26 de abril). Twitter shares tank 13% after missing sales estimates. *CNN Money*. Obtenido el 8 de junio, de <http://money.cnn.com/2016/04/26/technology/twitter-earnings>
- Koh, Y. y Rusli, E. M. (2015, 9 de marzo). Twitter acquires live-video streaming startup Periscope. *The Wall Street Journal*. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://www.wsj.com/articles/twitter-acquires-live-video-streaming-startup-periscope-1425938498>
- Kotler, P. (2002). *Dirección de marketing. Conceptos esenciales*. México D.F.: Pearson Educación.
- Kristofferson, K., White, K., y Peloza, J. (2014). The nature of slacktivism: How the social observability of an initial act of token support affects subsequent prosocial action. *Journal of Consumer Research*, 40, 1149-1166.



- Krona, M. (2015). Contravigilancia y videoactivismo desde la plaza Tahrir. Sobre las paradojas de la sociedad contravigilante. En F. Sierra y D. Montero (Eds.), *Videoactivismo y movimientos sociales. Teoría y praxis de las multitudes conectadas* (pp. 211-232). Barcelona: Gedisa.
- Lee, Y y Hsieh, G. (2013). *Does slacktivism hurt activism?: The effects of moral balancing and consistency in online activism*. CHI 2013: Changing Perspectives, 27 de abril – 2 de mayo, Paris, France.
- Mann, S., Nolan, J., y Wellman, B. (2003). Sousveillance: Inventing and using wearable computing devices for data collection in surveillance environments. *Surveillance & Society*, 1, 331-355.
- Marmura, S. (2008). A net advantage? The internet, grassroots activism and American Middle-Eastern policy. *New Media & Society*, 10, 247-271.
- Marwick, A. E. (2012). The public domain: Surveillance in everyday life. *Surveillance & Society*, 9, 378-393.
- McGrath, J. E. (2004). *Loving Big Brother: Performance, privacy and surveillance space*. London: Routledge.
- Morozov, E. (2009, 5 de septiembre). From slacktivism to activism. *Foreign Policy*. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://foreignpolicy.com/2009/09/05/from-slacktivism-to-activism>
- Newell, B. C. (2014). Crossing lenses: Policing's new visibility and the role of 'smartphone journalism' as a form of freedom-preserving reciprocal surveillance. *Journal of Law, Technology and Policy*, 1, 59-104.
- Newell, B. C. (2016). Collateral visibility. Police body cameras, public disclosure, and privacy. *Tilburg Law School Legal Studies Research Paper Series*, No. 01/2016. Obtenido el 8 de junio de 2016, de [http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract\\_id=2740377](http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2740377)
- Penney, J. y Dadas, C. (2014). (Re)Tweeting in the service of protest: Digital composition and circulation in the Occupy Wall Street Movement. *New Media & Society*, 16, 74-90.
- Poell, T. y Borra, E. (2011). Twitter, YouTube, and Flickr as platforms of alternative journalism: The social media account of the 2010 Toronto G20 protests. *Journalism*, 13, 695-713.

- Poell, T. y van Dijk, J. (2015). Social media and activist communication. En C. Atton (Ed.). *The Routledge Companion to Alternative and Community Media* (pp. 527-537). London: Routledge.
- Rheingold, H. (2002). *Smart mobs. The next social revolution*. Cambridge, MA: Basic Books.
- Rotman, D., Vieweg, S., Yardi, S., Chi, E. H., Preece, J., Shneiderman, B., Pirolli, P., y Glaisyer, T. (2011). *From slacktivism to activism: Participatory culture in the age of social media*. Ext. Abstract CHI 2011, 7-12 de mayo, Vancouver: ACM.
- Rousselin, M. (2014). Modern communication technologies and the extension of the territory of struggle: Conceptualising Tunisia's jasmine revolution. *New Media & Society*. Advance online publication.
- Shirky, C. (2011). The political power of social media: Technology, the public sphere, and political change. *Foreign Affairs*, 9, 28-1.
- Štětka, V. & Mazák, J. (2014). Whither slacktivism? Political engagement and social media use in the 2013 Czech Parliamentary elections. *Cyberpsychology: Journal of Psychosocial Research on Cyberspace*, 8. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://www.cyberpsychology.eu/view.php?cisloclanku=2014100102>
- Stewart, D. R. y Littau, J. (2016). Up, Periscope: Mobile streaming video technologies, privacy in public, and the right to record. *Journalism and Mass Communication Quarterly*. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://ssrn.com/abstract=2730735>
- Thompson, J. B. (2005). The new visibility. *Theory, Culture & Society*, 22(6), 31-51.
- Thorburn, E. D. (2014). Social media, subjectivity, and surveillance: moving on from Occupy, the rise of live streaming video. *Communication and Critical/Cultural Studies*, 11, 52-63.
- Toret, J. (2013) *Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida*. Barcelona: UOC-IN. Obtenido el 8 de junio de 2016, de [http://tecnopolitica.net/sites/default/files/1878-5799-3-PB%20\(2\).pdf](http://tecnopolitica.net/sites/default/files/1878-5799-3-PB%20(2).pdf)

- Valadés García, B. (2011). Conceptualizar el papel de las redes sociales en internet en movimientos sociales y acciones colectivas. Propuesta aplicada a lo digital. *Razón y palabra*, 16(77). Obtenido el 8 de junio de 2016, de [http://www.razonypalabra.org.mx/varia/77%205a%20parte/64\\_Valades\\_V77.pdf](http://www.razonypalabra.org.mx/varia/77%205a%20parte/64_Valades_V77.pdf)
- Vie, S. (2014). In defense of “slacktivism”: The Human Rights Campaign Facebook logo as digital activism. *First Monday*, marzo. Obtenido el 8 de junio de 2016, de <http://pear.acccc.uic.edu/ojs/index.php/fm/article/view/4961/3868>
- Wilson, D. y Serisier, T. (2010). Video activism and the ambiguities of counter-surveillance. *Surveillance & Society*, 8, 166-180.



**BIBLIOGRÁFICA**